

fichas

para un discurso

popular

y

reformador

Rodolfo Fortunatti / Santiago / 2007

INDICE

	Pág.
En defensa del V Congreso de la Democracia Cristiana	3
La V Falange	5
De la vía no capitalista de desarrollo	6
Sueño el Sur	7
La Mafia	8
¡Penitenciagite!	10
¿Cuánto nos costará el superávit?	11
El problema de la culpa	12
Cruzando el límite	14
La culpa	15
La parlamentarización	17
La modelo	18
La mala educación	20
Juicio político y desagravio	21
El mañana efímero	22
Las vías	24
Mentes En Blanco	26
Robin Hood En Transantiago	28
La Derecha y el Pensamiento Alicia	30
Nuclear, ¿Cuándo?	32
Esa Bipolar Vulnerabilidad	34
Comunidad de Hombres y Mujeres Libres	36
Epopeya	38
La Implosión	39
Entre la Huida y el Ataque	40
The Economist Vs. Adimark GfK	41
Lucro y Libertad Humana	42
Lucro y Voluntad Democrática	44
Lucro y Doctrina Social	45
Sin Prisa Pero Sin Pausa	47
Verdad y Realismo Cínico	48
¿Qué Une a la Democracia Cristiana?	49
El Precio De La Pureza	51
El Sustrato Espiritual De La Concertación	52
La Tregua Democratacristiana	54
¿Revolución ‘sarkozysta’ en Chile?	55

En defensa del V Congreso de la Democracia Cristiana

No entiendo por qué el V Congreso debería dar especial cuenta del denominado «proceso rectificador». El V Congreso, como cualquier congreso del PDC, en sí mismo entraña la expectativa de un cambio que lo abarca todo. Esto, por una razón elemental: el congreso es la máxima instancia de deliberación y de decisión política de la Democracia Cristiana. El Congreso es soberano y, en consecuencia, puede resolver desde impulsar un proyecto de ley, pasando por sancionar el programa de gobierno del Partido, hasta introducirle enmiendas a su declaración de principios.

Por lo tanto, de semejante debate se puede esperar el juicio de la colectividad sobre la gestión del senador Adolfo Zaldívar, tanto como el examen de las transformaciones sociológicas del electorado, así como de su adhesión concreta a las opciones ofrecidas por el Partido. Y, con igual lógica, y algo sobre lo que tengo la más plena convicción, el V Congreso debería diseñar el Programa de Gobierno del Bicentenario y, por cierto, perfilar los liderazgos que habrán de conducir al Partido en dicha etapa. Soy conciente de que esta idea despierta sospechas. Hay quienes sostienen que es prematuro, porque oscurece los logros y desafíos de un gobierno que, como el de Michelle Bachelet, recién se inicia. Otros plantean que es impropio confundir los planos. Que una cosa es el debate ideológico y otra muy distinta la discusión política. Que un asunto es el proyecto del Partido y otra la lucha municipal, parlamentaria o presidencial.

No comparto esos argumentos. Creo que esta estricta separación de niveles sólo consigue inhibir la revisión «*post vía no capitalista de desarrollo*» de la teoría y práctica de la Democracia Cristiana. ¿Qué resultados arroja en los hechos este método? Que no se puede discutir el modelo económico, porque los temas prioritarios son los valóricos. Que no se pueden discutir los valores, porque los problemas son políticos. Que no se pueden discutir los temas políticos, porque las urgencias son programáticas. Y así, hasta configurar el círculo vicioso del ningún debate sobre ningún asunto. Lo último que he escuchado es que no se pueden realizar las elecciones territoriales, porque contaminan el proceso de deliberación al anteponer los intereses de poder por sobre los de la sana reflexión.

La Democracia Cristiana es un partido político; lo suyo es el poder político. Es un partido en estado de congreso; todos dialogan sobre todo. Es un partido que organiza el consenso; donde el método de la deliberación lúcida y explícita, es el que hace la diferencia.

En consecuencia, no veo riesgo alguno en que la más variada gama de centros académicos, incluso no partidarios, recojan los más diversos aportes y los traduzcan en nociones susceptibles de ser votadas. No veo riesgo alguno en que ideas livianas, plagadas de perogrulladas, entren en el cotejo racional de propuestas. No veo riesgo alguno en que emerja de este proceso la futura candidatura presidencial de la Democracia Cristiana. No veo riesgo alguno en que caduquen encostradas y agotadas estructuras internas, si en su reemplazo surgen nuevos y vigorosos modos de participación.

Hoy por hoy —casi cuatro décadas después de aquella intensa y, por ello, decisiva junta nacional de 1967 que, como ninguna, fijó un punto de inflexión en el Partido— nadie gana un congreso porque escribe la pauta de conversación. Nadie impone un programa por ser dueño de una ONG. Y nadie domina las comunicaciones por controlar un blog. En la era de Internet el poder se produce y distribuye de maneras algo más complejas.

Donde sí veo un riesgo potencial es en el difícil funcionamiento de la Comisión Organizadora del Congreso, constituida y mandatada por la Mesa Nacional y el Consejo para resolver dudas como las formuladas por el abogado David Herrera. Donde sí veo riesgo es en la ausencia parcial o total de varios de sus miembros, precisamente cuando hay que zanjar esos problemas metodológicos. Donde sí veo riesgo es en cierta incapacidad para sentar en sillas que permanecen virtualmente vacías, a quienes quieren, pueden y deben aportar.

La V Falange

De poder expresar en una frase el malestar de la Democracia Cristiana, diría que éste se origina en la tensión latente entre sus valores fundadores de humanidad y un realismo cínico que no ha parado de acecharla. De poder ser más explícito, diría que esta insatisfacción es semejante a la que resulta de pasar revista al arte chino contemporáneo, luego de haber sido deslumbrado por los impresionistas.

¿Qué es el arte chino actual sino puro esnobismo? ¿Qué, sino meros productos insustanciales? La banalización de los valores espirituales. El arte popular norteamericano, 40 años más tarde: budismo y McDonalds juntos. La mezcla de Coca-Cola, Marlboro, sociedad de consumo y cultura de masas. La proliferación de bienes creados para estimular el surgimiento de un mercado libre en una economía dirigida, y una sociedad sometida a la peor dictadura comunista de nuestros días. “Es lo que hay”, parecen replicar sus aduladores.

“Es lo que hay” no es precisamente la respuesta que querrían escuchar aquellos que votaron por Soledad Alvear: nada menos que siete de cada diez demócratacristianos. Pues la promesa hecha por la presidenta del PDC tuvo un alcance mayor, y será juzgada por ese mérito. Su promesa apuntó más allá de los escaños municipales del 2008. Más allá de la proyección de su propio liderazgo político. Incluso, más allá de la conquista del Gobierno del Bicentenario. La senadora de la Concertación carga sobre sus hombros con el cambio social y cultural del partido político más poderoso de Chile. El cambio que habrá de inducir su QUINTO CONGRESO.

Es sobre el fondo de dicho congreso que cobran o pierden relieve los temas de la agenda mediática: ¿hacia dónde se dirige la Democracia Cristiana? ¿Puso fin a la inercia? ¿Ha surgido un nuevo impulso reformador? ¿Qué hay en la figuración pública de Soledad Alvear, Eduardo Frei, Andrés Zaldívar o Alejandro Foxley? ¿Qué significa la Fundación Justicia Social? ¿Identidad o ruptura? ¿Cisma o diversidad? Se espera que el QUINTO CONGRESO ponga las cosas en su sitio. Y eso es lo que debe ocurrir.

Cuando los impresionistas surgieron como corriente pictórica, no sabían que estaban inaugurando una nueva etapa en la historia del arte. De hecho, fueron bautizados así muchos años después de su aparición, a mediados del siglo XIX, a raíz de su peculiar técnica, consistente en formar manchas de color no amalgamado, las que a ojos del observador creaban una impresión coherente. Los impresionistas rompieron a tal punto con los moldes clásicos, que sin ellos difícilmente hoy podríamos entender a las vanguardias que les sucedieron: Picasso, Dalí, Miró o Matta.

Será el QUINTO CONGRESO el que ofrezca al partido de la falange un nuevo horizonte de realización. Será este prolongado proceso de deliberación –pero, sobre todo, de movilización política y social– el que fije la frontera entre una administración agotada por cansancio y una conducción política con vocación de futuro. Será cada militante, en cada localidad, desde lo más íntimo de su conciencia, quien determine el tipo de lealtad y de disciplina que desea ver reflejadas en sus parlamentarios. Y será el diálogo franco de la colectividad, con sus cientos de miles de electores, el que confirme su talante nacional y popular.

Los impresionistas cambiaron muchas convenciones y connivencias prevalecientes. Y lo hicieron a partir de sencillos testimonios. Saltaron desde la academia a los espacios públicos, libres y luminosos. Para pintar la vida cotidiana. La vida de los esclavos y de los artesanos. Pero muy especialmente la vida moderna, aquella de los albores del capitalismo. Para pintar los escorzos y pliegues de cuerpos reales, distantes de los tradicionales cánones de belleza, tan apreciados por los críticos conservadores. Mas, lo realmente sorprendente de Claude Monet, Camille Pissarro, Berthe Morisot, Auguste Renoir y Edgar Degas, hombres y mujeres con enormes ganas de trabajar juntos, fue que desafiaron con éxito al realismo cínico de su época.